

Cave In Grotesque

Pedro Herrero Ferrán

Sophie Lee (with the collaboration of Johannes Büttner)

Out of fossil conches stem shoots of ivy — au naturel to start with, progressively turning into their mere silhouettes carved in wood, synthesised, hardened into enduring leafy ornaments that flow conveniently most times, in most directions. In front of each other, two very different chains hang loosely: one consisting of moist seeds stuck together, the other a succession of metallic fleurs-de-lys hooked to one another. In celebration, an exuberant bow knots both their closer ends together and marks just one point of symmetry in a much longer succession of garlands. Floating above, a crown of fresh flowers commemorates triumph as well as defeat, and momentarily fills the air with a scent of peaceful memory, quietly waiting for the rotting to come and change the smell and burst the bubble, for the wound to open again, for the confrontation to be inevitable again, as the dilemma of pulling the bow tighter or undoing it once and for all. The next knot in the garland has not yet been possible: a hybrid of human and goat and pilaster stands in place of a plush bow, tense, pulling together two ends of two ropes, pulling hard, arms stretched in unreal elasticity — it isn't clear whether the stretching is due exclusively to the force of the pull on the body; it may well respond to the aspiration of a sensual posture, of an aesthetically magnetic shape. Below it, a plaster cast of a bust commemorates, if not peace, at least some more symmetry — the fragile equilibrium of some found harmony —, its head has been burst open and fully emptied to serve as the perfect, round, warm receptacle for the stemming of some more shoots of ivy.

Down in the cave, damp air and walls profusely decorated in dim light. How is such a grotesque amalgamation of fantastic, incongruous, mysterious arrangements of disparate elements possible? What dark conspiracy of remains and leftovers links them all together when nothing apparently relates them in the beginning? Their characters differ and so do their intrinsic vocations; they have singular qualities and tendencies, they materialise antagonising dramatic profiles. But in generalised weakness, all surfaces, all densities are subject to reaction, to attraction, to repulsion, a taste for the alien spreads, and connections are bound to be made. The dark walls within which they all dwell define a tricky field of possibilities of interaction, of coincidental fittings that inaugurate fleetingly shared interests, fallible compromises with a brief cause. Under collision, through tenderness, blows inevitably become embraces, threats are invitations to conspire, to breathe as one the same damp air.

Cave In Grottesque

Pedro Herrero Ferrán

Sophie Lee (con la colaboración de Johannes Büttner)

De fósiles de caracolas brotan hiedras —al principio *au naturel*, luego van reduciéndose poco a poco a una silueta tallada en madera, sintetizada y endurecida en forma de un ornamento que pueda fluir convenientemente en casi todas las ocasiones, en casi todas las direcciones. Una frente a la otra, dos cadenas muy distintas cuelgan libres: una compuesta de semillas húmedas pegadas entre sí, la otra una sucesión de flores de lis de metal enganchadas unas a otras. En celebración, una exuberante lazo anuda uno a otro los extremos de las dos cadenas, y marca un punto de simetría dentro de una larga sucesión de guirnaldas. Flotando encima, una corona de flores frescas conmemora triunfo y derrota, y por un momento llena el aire con el olor de un recuerdo sereno, esperando callada a que venga la podredumbre a inundar el aire y estallar la burbuja, a que se abra de nuevo la herida, a que la confrontación sea de nuevo inevitable, como el dilema de anudar una lazada más fuerte o deshacerla de una vez por todas. El siguiente nudo en la sucesión de guirnaldas aún no ha sido posible: un híbrido de ser humano y cabra y pilastra se erige en el lugar que debería ocupar el lujoso lazo, en tensión, intentando acercar los extremos de dos cuerdas, tirando con fuerza, los brazos estirados de una elasticidad inverosímil —no está del todo claro si esta elongación responde exclusivamente a la fuerza del tiro sobre el cuerpo; bien podría responder a una aspiración a una postura sensual, a una forma estéticamente magnética. Debajo, un busto en escayola conmemora, si no la paz, al menos algo más de simetría —el frágil equilibrio de una cierta armonía encontrada—, su cabeza reventada y vaciada por completo para servir como el receptáculo perfecto, curvo y cálido, del nacimiento de nuevos brotes de hiedra.

Dentro de la cueva, el aire es húmedo y las paredes están profusamente decoradas en luz tenue. ¿Cómo es posible esta amalgama grotesca de disposiciones fantásticas, incongruentes y misteriosas de elementos tan dispares? ¿Qué oscura conspiración de sobras y restos los une cuando nada pareciera relacionarlos en un principio? Sus caracteres y vocaciones intrínsecas difieren; tienen cualidades e inclinaciones singulares, materializan perfiles dramáticos antagónicos entre sí. Pero en la debilidad generalizada, todas las superficies, todas las densidades quedan expuestas a la reacción, a la atracción, a la repulsión; un gusto por lo radicalmente extraño se propaga, y solo queda esperar a que las conexiones se den por sí solas. Las paredes oscuras que habitan dibujan un complejo campo de posibilidades de interacción, de encajes fortuitos que inauguran intereses comunes efímeros, compromisos falibles con causas pasajeras. En plena colisión, a través de la ternura, los golpes se vuelven inevitablemente abrazos, las amenazas son invitaciones a conspirar, a respirar al unísono el mismo aire húmedo.